

GONZALO GIRONES

LA RELACION GRATIFICANTE

Este pequeño estudio, que ofrecemos como homenaje al insigne maestro P. Alfaro, trata del fundamento trinitario de la Historia salvífica. Pero debemos observar de entrada que, al decir «trinitario», más bien nos referimos al fundamento «paternal». Siguiendo la indicación del cardenal Danielou, creo que se puede considerar como una laguna lamentable el que la teología se explique con cierta indiferencia respecto a la iniciativa «paternal»¹. Por desgracia no ha sido frecuente en la tradición occidental esta clara fundamentación trinitaria, de lo cual se lamentaba también Karl Rahner², y sin duda esta falta se debe al prejuicio agustiniano-tomista según el cual en las obras de Dios *ad extra* (¡incluida la Historia salvífica!) se supone que Dios no actuaría discretamente como trino sino como uno, es decir con tal indiferencia respecto al misterio trinitario que aún se supone posible la Encarnación hipotética de cualquiera de las Tres Personas³. Ahora bien, no deja de ser notable que a lo largo de la Tradición se muestren algunos indicios que, bien recogidos, puedan abrir grandes perspectivas de este conato de re-

¹ J. DANIELOU, *La Trinité et le mystère de l'existence*, Desclée, París 1968, p. 78-79.

² K. RAHNER, «El Dios trino, principio y fundamento trascendente de la Historia de la Salvación», en *Mysterium Salutis* II, I, Cristiandad, Madrid 1967.

³ Ver STO. TOMÁS, III, q. 3, a. 5. Es de observar que la «Encarnación» es un concepto «singular» (no «universal»), que en la Revelación aparece ligado al Verbo como única «comprensión», por lo cual carece de «extensión» a otros sujetos. Por otra parte, el «nacer» como *hijo* en este mundo expresa una nota «filial» del sujeto naciente, nota que no puede ser propia ni del Padre ni del Espíritu Santo. Indirectamente en el presente estudio esperamos mostrar el sentido de esta singularidad.

novada fundamentación, que en el fondo equivale a una más lúcida lectura de la Sagrada Biblia. Entre estos indicios, por lo que a mi modesta erudición alcanza, considero preciosas algunas intuiciones teológicas de San Hipólito, ya en los albores de la misma Tradición, así como el planteamiento de la doctrina trinitaria del insigne doctor medieval Ricardo de San Víctor, algunas afirmaciones felicísimas de los clásicos españoles Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, y una página especialmente brillante de la doctora Santa Catalina de Siena. Apoyándome en estos indicios, no por esparcidos menos convergentes, he creído poder perfilar una cierta tesis de muy directo fundamento bíblico. (Advierto también de entrada que estimo que la Biblia se presta a nuevos descubrimientos de notoria lucidez, cuando dejan de buscarse a toda costa en ella los juicios afirmativos, *dicta probantia*, para notar que a veces algunas palabras «estructurales» ya encierran por sí solas un juicio implícito; tal es el caso de «Padre», que de por sí reclama necesariamente la existencia de «madre» y de «hijo»). Esta es, pues, la tesis que propongo humildemente a los lectores: el Padre establece relación personal con los hombres.

En un anterior estudio, titulado «La divina Arqueología»⁴, traté de mostrar que al Padre le conviene ante todo el título de *Arjé* (=principio), con que ya era designado por los Padres Capadocios⁵. En vista de ciertas confusiones antropomórficas que siguen esparcidas por los ambientes teológicos actuales, creo conveniente el aclarar que la 1.^a Persona de la Trinidad sólo se ha revelado como «Padre» en relación con los hombres, es decir a causa del previsto y proyectado misterio de la Encarnación, precisamente porque en tal misterio su Hijo fue dado a una «madre» humana. Según las modernas exigencias de análisis estructural del lenguaje (en su mismo nivel léxico o morfológico), habrá que precisar que «padre» es sólo *aquél que da un hijo a una madre*. En el ámbito animal y antropológico (que son los únicos que directamente admiten el concepto de «padre», curiosamente dejando al margen a los mismos ángeles), debemos decir que tal concepto no es estrictamente correlativo de «hijo», sino más bien correlativo a la vez de «madre» y de «hijo», o como si dijéramos correlativo en triángulo. En pocas palabras, si el Padre no hubiese dado su Hijo a una «madre» de este mundo, entonces ni El mismo, ni en consecuencia tampoco la Segunda Persona, se hubiesen revelado como «padre» y como «hijo» (optando arbitrariamente en ambos casos por la elección representativa de uno de los dos sexos an-

⁴ Anales Valentinus 8 (1982) 1-18.

⁵ S. BASILIO, *Contra Eunomio* 2, 12 (PG. 29, 593 C). S. GREGORIO NAZIANCENO, *Oración* 39, 12 (PG. 39, 348 B). Cfr. mi artículo citado en la nota anterior.

tropológicos, con olvido inexplicable del sexo femenino). ¿Habría bastado quizá el denominarse como *Génitor* (=principio generante compuesto de padre y madre)? No parece tampoco satisfactoria esta hipótesis. Porque, dejando aparte que es difícil imaginar una generación eterna si no se cuenta ya con la encarnada analogía de la generación temporal⁶, resultaría que la palabra *Génitor* tampoco expresa el conjunto de notas que distinguen a la Primera Persona trinitaria de las otras dos⁷, ya que el Padre no es «generador» del Espíritu Santo, pero sí su origen o «principio» por el Hijo y con el Hijo. Por eso opinamos que la palabra «principio» es la que más originariamente le corresponde.

Con ello hemos tratado de dejar establecido un primer presupuesto que juzgo indispensable para entender el sentido de la que llamamos «relación gratificante», o sea:

I. La Primera Persona o «Principio» de la Trinidad ha tomado para sí la figura «varonil» de Padre por el hecho de haber proyectado dar su Hijo único al mundo, de manera que el mundo le reciba desde una «madre». Pero aún se requiere un segundo presupuesto, que parece derivar de este primero y que aquí, por lo tanto, presentamos:

II. Las dos misiones al mundo (la del Hijo y la del Espíritu) han sido «libremente» proyectadas por el Padre. Y esto se muestra por las razones siguientes:

1.^a Que ambas misiones en sí sean libres por parte de Dios es evidente (a la luz de toda la Revelación), ya que Dios es libre en toda comunicación *ad extra*. Y aquí no hará falta decir que, aún supuesta la libre Creación, de ésta no se deduce que el Creador tenga que comprometerse a una elevación sobrenatural de la creatura, porque ya damos por sabido que esta elevación es «gratuita» sobre la misma gratuidad del ser creado. (Quizá tampoco haga falta declarar que esta elevación gratuita está precisamente constituida y virtualmente ejecutada por las dos Misiones trinitarias). Digamos que se trata más bien de otra razón que en este momento parece más digna de ser determinada:

2.^a En efecto, aquí el problema no consiste en decir que las «misiones» sean libres desde la Trinidad en común, sino libres desde el Padre. Hasta aquí hemos podido reconocer que toda relación que Dios establece con la criatura es libre; por lo tanto, si el Padre «personalmente» es-

⁶ S. GREGORIO DE NISA expone el misterio de la Encarnación como la más expresa manifestación del nacimiento «virginal» del Hijo eterno desde el Padre. Ver su obra *De Virginitate*, cap. 2 (Jaeger VIII, 253; PG. 46, 321 C). Ver también *Homilia in Natale Domini* (PG. 46, 1141 B).

⁷ Ver mi artículo *En el nombre del Padre*: Anales Valentinus 6 (1980) 317-324.

tablece una relación con la criatura, cuyo contenido u objeto es la dación del Hijo y del Espíritu, entonces esta relación del Padre también será libre...

Es éste el momento en que interceden los testimonios singulares de la Tradición. San Hipólito, en su obra contra Noeto, afirma que el Padre, desde una *voluntad* que se supone libre, eternamente establece al Hijo como principio trascendente de toda «economía», siendo de ello consecuencia el envío del Hijo al mundo, para que en amoroso acatamiento de obediencia cumpla en favor nuestro la voluntad salvífica del Padre⁸. Juan de la Cruz, en muy hermosos versos, confiesa igualmente que el Padre ha tenido la libre iniciativa de dar el mundo al Hijo «como una Esposa»⁹. Catalina de Siena da también por supuesta la iniciativa «libre» del Padre en conceder su Hijo al mundo¹⁰. Se trata, pues, de establecer si el Padre es «libre» de mandar a su Hijo al mundo. Ahora bien, así parece confirmarlo la Divina Revelación:

El Hijo encarnado va diciendo continuamente que no ha venido a hacer su voluntad, sino la del Padre que le envió (ver Jn 6,38; Lc 22,42; etc.) y esta expresión ha de entenderse «teándricamente», es decir, de tal manera que, hablando *in recto* la voluntad humana de Cristo, por ella se expresa la aceptación libre, consustancial y eterna, por la que el Hijo «consiente» en venir, obedeciendo eternamente a la voluntad del Padre. Lo mismo cabe afirmar del Espíritu Santo (ver Jn 16,14-15).

De aquí podríamos remontarnos a demostrar que las mismas relaciones trinitarias, por las que el Hijo y el Espíritu Santo están eterna y consustancialmente constituidos, son también «libres» por parte del Padre que los constituye, lo cual parece supuesto en la doctrina de San Hipólito y aún más se declara en Ricardo de San Víctor¹¹, pero de este asunto ya me ocupé en el artículo mentado en la nota 4. Baste aquí que digamos que, en el supuesto de que el Padre sea principio libre del Hijo, y con él principio libre de un Espíritu Santo libérrimo, entonces el Padre aparece como «principio» a la vez de lo Uno y de lo Trino, de la Esencia divina y de su Comunicación consustancial, principio de lo absoluto y de lo relativo en Dios, principio personal de la identidad necesaria con la

⁸ Ver la interesante y reciente monografía de ANTONIO ZANI, *La Cristología di Ippolito*, Morcelliana, Brescia 1983.

⁹ «Una Esposa que te ame,/ mi hijo darte quería,/ que por tu valor merezca/ tener nuestra compañía». S. JUAN DE LA CRUZ, Romance 3. Ver *Obras*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1958, p. 1040ss.

¹⁰ STA. CATALINA DE S., *Diálogo sobre la divina providencia*, cap. 134, edic. latina, Ingolstadt, 1583, ff. 215v-216. (En el Breviario IV, lecc. 2.ª del sábado XXX).

¹¹ RICARDO DE S. VÍCTOR, *De Trinitate*, lib. 5.º, cap. 17 (Sources Chrét. 63), París 1959, p. 334ss.

Esencia y de la comunicación libre, principio de la «economía» salvífica, que así parece remontarse al mismo seno de la Trinidad, y principio en consecuencia de todo nuestro universo cogitable. La «relación gratificante» es su consecuencia «libre» en el campo de lo creado.

La «relación gratificante» podemos decir que consiste en que el Padre ha mirado la humanidad como una «Esposa», para darle su Hijo por medio de la dádiva anterior del Espíritu Santo ¹².

Esta «relación gratificante» aparece «proyectada» originalmente en el himno de Ef 1,3-10: el Padre ha decidido, antes de la Creación del mundo, llamar a las criaturas personales futuras a ser sus «hijos» en su eterno Hijo. Este es el proyecto original, que, contemplado a la luz de todo el conjunto de la Revelación, parece claro que exige el decreto mismo de la Encarnación del Hijo, porque ésta es la condición de la solidaridad «filial» de toda criatura con el Hijo eterno (ver Col 1,15-20) ¹³.

La «relación gratificante» ya parece no sólo proyectada, sino «ejecutada» en los pasajes de Jn 3,16 y Gál 4,4-7. Porque, según ambos textos, resulta que el Padre, por puro amor nuestro, *da* su Hijo al mundo, para que el mundo le reciba en el seno reactivo, fecundo, «fructífero», de una mujer ¹⁴. La importancia de tal recepción reactiva y fructífera consiste precisamente en que la «relación gratificante» sólo pasa de lo «intencional» a lo «real» en virtud de la libre recepción humana. Insistamos en ello.

El verbo *édwken* (dio), que aparece en Jn 3,16 (cfr. I Jn 4,9), es uno de esos términos «estructurales» cuya sola presencia implica un juicio afirmativo. Efectivamente, no se puede *dar* sin dar *algo*, ni tampoco se puede dar algo sin darlo *a alguien*. Si ese *alguien* que es término de la

¹² La Humanidad (Israel) como «Esposa» de Dios ya aparece en la Revelación del A.T. (Os 2; Is 54; Is 62; Ez 16, Cántico). En Is 9,5 (cfr. 7,14) se adivina que Dios da a dicha Esposa un «hijo», y precisamente por medio de una fecundación virginal (ver Is 66,7-9) que parece predispuesta por la fuerza del Espíritu: Salmo 84 (85), 12-13.

¹³ Que en el himno de Col 1,15-20 se hable del Hijo «encarnado», lo suponemos por tres razones: 1.ª, sólo la Encarnación hace del Hijo «imagen visible»; 2.ª, el Primogénito no puede ser *término* nuestro si él mismo no viene a asumirnos, pero es evidente que hemos sido creados «para» él, y 3.ª, el ser Primogénito de las criaturas (verso 15) es paralelo al ser Primogénito de los muertos (v. 18), por tanto, si el segundo caso reclama solidaridad de presencia, también el primero. No aceptamos, pues, la exégesis de MUSSNER, que supone que el himno habla solamente de la *generación eterna* del Hijo, en cuanto es arquetipo eterno (y externo) de la Creación. (Ver «La creación en Cristo», *Mysterium Salutis* II, I, p. 505-511).

¹⁴ No hay que extrañar por tanto que la Virgen María, siendo la mujer que representa al mundo en el hecho de recibir ese Hijo «dado» por el Padre, sea llamada por Fr. LUIS DE LEÓN «Esposa del Padre»: «Virgen del Padre esposa,/ dulce Madre del Hijo, templo santo/ del inmortal Amor...». Primer poema a N.ª Señora (*Bibliot. de Autores Españoles*, tomo 37), Rivadeneyra, Madrid 1950.

dación es persona libre, entonces la dación no se cumplirá sin su libre recepción, de ahí la correspondencia que parece existir entre la intención dante de Dios (Jn 3,16) y la exigencia de «recepción» libre del hombre (Jn 1,11-12). Pero dejemos esto para más adelante; por ahora nos basta con decir que la «relación gratificante» ya existe unilateralmente en la mera intención del Padre. Insistamos en ello:

Si el Padre quiere dar su Hijo al mundo, entonces el mundo es término personal de una dación libremente proyectada por el Padre, dación cuyo objeto es la misma Persona del Hijo. Es decir, si el Padre no mira al mundo como término intencional de su dación, entonces no ha querido darle nada; pero si el Padre *mira* al mundo, entonces establece una relación personal con el mundo, que es distinta de la relación establecida por el Hijo veniente, dado que éste es el «objeto» en persona de la misma dación del Padre. Pero ciertamente el Padre ha mirado al mundo para darle su Hijo: «porque ha *mirado* la humillación de su esclava», confiesa la mujer María, que en nombre de la Humanidad recibe al Hijo enviado por el Padre (ver Lc 1,48). Ello explica que tal mujer hubiese hallado gracias a los «ojos» de Dios (Lc 1,30). Llamamos, pues, relación gratificante a esa relación personal establecida por el Padre con respecto al mundo, relación personal que es la primera que cae fuera del ámbito consustancial de las cuatro relaciones trinitarias.

(Dejamos ahora al margen del limitado propósito de este estudio el considerar que a esta original relación que funda toda la Historia salvífica siguen, consecuentemente, las relaciones mantenidas con nosotros por el mismo Hijo encarnado y por el Espíritu infundido. El Hijo encarnado se hará Hijo del Hombre, Primogénito de muchos hermanos, Hermano en consecuencia, Mediador, Sacerdote, Pastor, etc. El Espíritu infundido será en nuestras almas huésped y cómplice, inspirador de nuestras buenas intenciones íntimas, será voz de respuesta a la llamada del Padre que resuena en el Hijo ascendido, etc. No hablaremos aquí de estas consecuentes relaciones, sino en tanto que se puedan mostrar necesariamente implicadas en aquella relación original establecida por el Padre. Conviene sin embargo recordar que en todo el sistema de la Historia salvífica el Padre *quiere*, el Hijo *está* y el Espíritu Santo *obra*. En distinta ocasión esperamos poder desarrollar tal pensamiento)¹⁵.

Mantengamos ahora nuestra atención en la que hemos llamado «relación gratificante», fundándonos en el texto primordialísimo de Ef 1,6:

¹⁵ Aludo a un trabajo inédito en el que intento mostrar que, según la divina Revelación, ya en la obra creadora el Padre actúa con voluntad imperante, el Hijo como causa ejemplar o de identidad, y el Espíritu como fuerza evolutiva que acerca las imágenes imperfectas hacia esa perfecta imagen, Cristo, en que el Hijo se ha plasmado.

«(Pater Domini nostri Jesu Christi)... *gratificavit* nos in dilecto filio suo».

Para mejor calibrar la importancia teológica del reconocimiento de esta relación, conviene expresarla por medio de una *fórmula* sintética:

Dios → da su Hijo → al Mundo.

Lo que estructuralmente se puede expresar así:

Dios -	Hijo -	Mundo
Principio -	Medio -	Término
Sujeto 1.º -	Objeto -	Sujeto 2.º.

Por más que resulte discutible la pertinencia metodológica de las «fórmulas» en la ciencia teológica, no han faltado sin embargo las fórmulas a lo largo de la Tradición, e igualmente no faltan hoy los ensayos teológicos para hallar nuevas fórmulas que resulten funcionales para la ordenación e inteligencia de los dogmas. Tal es el caso de Heribert Mühlen, que, inspirado en aquella tradición dogmática que elaboró en su día las dos fórmulas trinitaria y cristológica, ha procurado proponer otra análoga fórmula eclesiológica¹⁶. En efecto, junto con las clásicas afirmaciones que dicen que en la Trinidad hay tres Personas en una sola Esencia (fórmula trinitaria) o que Jesucristo sea una Persona en dos Naturalezas (fórmula cristológica), ha ensayado Mühlen como tercera fórmula eclesiológica la de «Una persona en muchas personas»¹⁷.

En realidad las tres fórmulas coinciden en estar montadas a la vez sobre el concepto de persona y sobre la combinación de unidad y pluralidad, pero no llegan a expresar el meollo del dogma, sino sólo ciertas condiciones de inteligencia o de expresividad. La sustancia dogmática no queda expresada por estas abstracciones delimitantes; sólo el *dinamismo comunicante* que dentro de ellas se contiene puede decir algo que reclame con sentido nuestra fe. Es decir, la verdadera teología trinitaria no tanto consiste en que en Dios haya tres personas, sino en que esto sea así porque el Padre *da* o *comunica* su vida eterna a un Hijo, comunicándole a la vez eternamente la libertad reactiva de hacer que de él proceda un Espíritu común. Es por tanto la *comunicación* el meollo del misterio escondido en la Trinidad. Igualmente, la verdadera teología

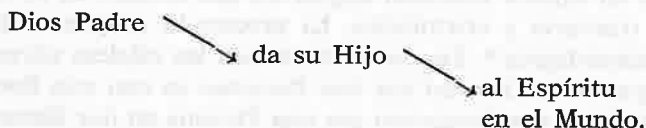
¹⁶ H. MUEHLEN, *Una mystica persona*. En la traducción española se titula *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1976. Ver p. 90.

¹⁷ *Ibíd.*

crisológica no tanto consiste en decir que Cristo sea una persona en dos naturalezas, sino que más bien consiste en decir que el Padre ha *dado* su Hijo a la humanidad, de tal modo que ésta pueda volver al mismo Padre devolviéndole al Hijo como hijo propio, en tanto se deja entregar o devolver por este mismo Hijo mediador. Lo mismo se puede decir de la fórmula eclesiológica, cuyo sentido demuestra la *penetrabilidad* misteriosa de las personas humanas por las Personas divinas: tal penetrabilidad permite que el Hijo y el Espíritu libremente comuniquen su Vida divina, a su vez libremente recibida por las personas humanas.

Creo por tanto que una fórmula correcta debe expresar ante todo el hecho primario de la *comunicación*, en cuanto establece relaciones que en sí son suscitantes de una respuesta.

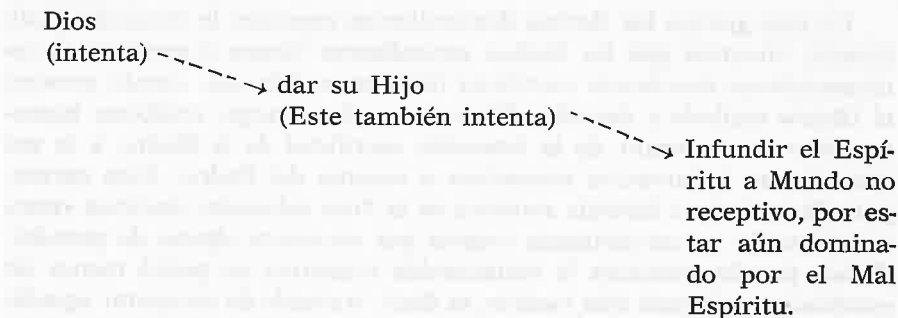
En efecto, al regalo descendiente que se expresa por aquel juicio simple «Dios - da su Hijo - al Mundo», ya corresponde en el mundo una «receptividad» que convierte la comunicación intencional en una comunicación *real*. Ello sólo es posible si el Mundo está *penetrado* o poseído por la fuerza del Espíritu Santo, porque sólo esta Tercera Persona Divina es en la criatura fuerza capaz de recibir reactivamente a la otra Persona, al Hijo¹⁸. Así, en misteriosa prolongación de su dádiva eterna:



Esta compenetración de Mundo y Espíritu Santo es el verdadero término receptivo (o sea «conceptivo») de la Encarnación.

Ahora bien, el hecho histórico de que este Espíritu haya sido expulsado de su habitación humana por causa de la complicidad maligna del instigador Satanás, reduce de nuevo el proyecto salvífico del Padre-Dios a una comunicación *intencional*, no recibida, aunque tampoco del todo rechazada por el hombre. He aquí la fórmula de esta relación intencional, que conserva su real eficacia bajo la forma de *relación expugnante*:

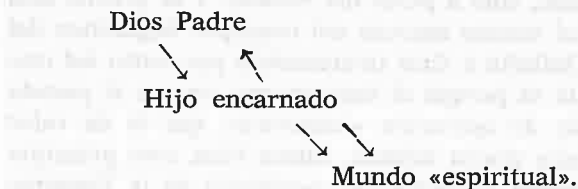
¹⁸ Que Cristo es «recibido» en nosotros por la fuerza del Espíritu Santo, creo que salta a la vista por la comparación implícita que entre Encarnación y Pentecostés establecen los textos de Lc 1,35 y Act. 1,8. Sólo María le recibió en la primera, porque sólo en ella habitaba el Espíritu. Los demás no lo tenemos a causa del pecado (ver Jn 7,39), por eso resultaba para todos conveniente la «marcha» expiadora de Jesucristo (Jn 16,7) que, provocando el envío del Espíritu en Pentecostés, nos hizo a todos receptores del mismo Hijo-Filiación en el Bautismo.



Esta dificultad de recepción por parte del mundo (ver Jn 1,11), en cuanto ha de ser vencida o corregida, determinará en la Historia el aspecto *redentivo* de la Salvación, lo que en la carta citada de Sta. Catalina aparece como un *segundo* proyecto del Padre.

Ahora, pues, nos conviene, con tal de perfilar la fórmula que estructure sintéticamente toda la Historia salvífica, convertir la comunicación simple en otra comunicación compuesta o reactiva. (Llamamos comunicación simple a la propuesta intencional del Padre; llamamos comunicación compuesta o reactiva a la recepción de la misma por parte de la libre criatura). El Padre quiere que su Verbo asuma la humanidad colectiva, pero esta asunción no se realiza sino por medio de *relaciones personales libres* (aunque *penetradas* por el Espíritu), de tal modo que el hombre colectivo en tanto es asumido en cuanto libremente corresponde al Dios emitente, dejándose *invadir* por el Espíritu¹⁹.

Así es como la relación se cierra en una correspondencia que tiende a ser recíproca, es decir se cierra en una *Alianza*, he aquí un concepto fundamentalísimo en toda la divina Revelación. La fórmula de esta Alianza puede ya gráficamente quedar expresada de este modo:



¹⁹ A pesar de la sentencia contraria de S. Agustín (Sermón 291, n.º 6. PL. 38, 1319), aquí conviene aclarar que la relación gratificante no tiene por término la humanidad singular de Jesucristo, el hombre Jesús, porque éste no entra en relación con el Padre para recibir el Verbo, sino que es *producido* en virtud de tal recepción. Sólo es término de la relación gratificante la humanidad colectiva (representada por Israel-María), pero lo es en el *fruto* singular de su recepción. Este fruto singular (humanidad de

En este gráfico las flechas descendientes expresan la donación gratificante, mientras que las flechas ascendientes vienen a expresar la correspondiente *devolución sacrificial* (bien entendido que, siendo *persona* el Objeto recibido y devuelto, El mismo se hace cargo, conforme humanamente va creciendo, de la intención sacrificial de la Madre, a la vez que expresa la intención reveladora o vocante del Padre). Esta parece, pues, la verdadera fórmula sintética de la Pura salvación (decimos «pura salvación» la no contaminada todavía por accidente alguno de pecado). Si hay pecado, entonces la restauración redentiva no podrá menos de establecerse mirando este modelo, es decir, tratando de recuperar aquella pura relación compuesta y correspondiente que de hecho ha quedado «preservada» en la sola Virgen María, aunque en función de los hermanos pecadores a rescatar.

La complejidad del contenido de esta fórmula, dentro de su transparencia sintética, habrá de obligarnos a minuciosos y consecuentes análisis, que no pertenecen tampoco a este lugar. Pero ya de la mera presentación de la fórmula se derivan desde luego tres lógicas observaciones. 1.ª: El motivo de la Encarnación es la pura *gracia* y no el *pecado* (tesis escotista que hoy prevalece contra la anselmiana -tomista -luterana). 2.ª: En la Historia salvífica ha obrado orgánica y distintamente la Santísima Trinidad. Y 3.ª: el término Mundo (Sujeto Segundo de la Alianza fundamental) no puede menos que quedar representado por la *Madre*. Abordemos, siquiera sumariamente, el sucesivo análisis de la triple observación.

La primera (o sea, el motivo de la Encarnación), según ha indicado Grillmeier siguiendo a Barth²⁰, se deduce de la correcta lectura de las Fuentes Reveladas, en pasos tan determinantes como Ef 1,3-10 y Col 1, 15-20. Dichos pasajes de ningún modo admiten la interpretación de un Encarnado «suplente» o mero «enmendante» de Adán: el Verbo se encarna, no a causa del Pecado, sino *a pesar* del Pecado. Y la prueba más determinante consiste en el mismo análisis del concepto dogmático del Pecado: si éste es ofensa infinita a Dios (merecedora por tanto del castigo eterno del Infierno), lo es porque el hombre que comete el pecado lo hace desde un principio de operación «teándrica», que le da valor infinito, como rehace de una gracia infinita. Ahora bien, este principio teándrico supone precisamente la *mediación ontológica* de la Encarna-

Cristo) es, a su vez, término de una relación trascendental (Unión Hipostática), permaneciendo como «objeto» de relación gratificante con respecto a sus receptores - productores. En otras palabras: todos los miembros de la Humanidad son gratificados por el Padre por el hecho de recibir a Cristo produciéndolo.

²⁰ A. GRILLMEIER, *Mit Ihm und in Ihm*, Herder, Freiburg 1978, p. 680ss.

ción del Verbo y la Infusión del Espíritu Santo: sólo se separa el «sarmiento» que ya estaba *unido* a la «Vid» (ver Jn 15).

La segunda observación (presencia orgánica de la Trinidad en la Historia) señala como supuesto la superación del inveterado y erróneo principio teológico que afirmaba que en las obras de Dios *ad extra* no se distingue la operación de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Ya habiendo dedicado a esta corrección un estudio anterior, a él bastará que me remita²¹. La Trinidad se ha dado a conocer precisamente por haber actuado *distintamente* sobre nosotros.

La tercera observación (el mundo es «maternal») trata de poner en su lugar, dentro del conjunto de la dogmática, el tratado de «metrología», impropriamente llamado hasta hoy «mariología»²². Bastará que recordemos que todo el conjunto de la divina Relevación, y singularmente su etapa intencional que es el Antiguo Testamento, se empeña en designar al Mundo como realidad personal *elegida* por el Padre, como Pueblo de Yavé, y sobre todo como «Esposa» llamada por el Padre para darle su Hijo único, habiéndola enriquecido previamente con los esponsales o arras del Espíritu. En una palabra: el Mundo que Dios quiere salvar es el cuarto término (esta vez comunitario o colectivo) de las relaciones trinitarias trasladadas al mundo; es decir, es un «*Quantum post Trinitatem*», en la medida en que está destinado a integrarse en la Vida Eterna (salva su frustración pecaminosa) como «*Quantum in Trinitate*».

Digamos en resumen que el hecho de que la dádiva paterna se centre en un «hijo», que en tanto que es hijo nos es dado (Is 9,5), ya predispone el lenguaje analógico de la Revelación a designar el Mundo como una *Madre*, en justa correspondencia a la designación del Origen como Padre. Por eso no ha de extrañarnos que la historia salvífica postlapsaria se anuncie en la Biblia como lejana promesa de un «hijo» misterioso que será dado precisamente a la «Mujer» (ver Gén 3,15).

Tampoco es éste el lugar de exponer hasta qué extremo el crecimiento del Hijo (desde el seno de la Madre a la derecha del Padre) le otorga igualdad con Este con respecto a la misma Humanidad salvada (quede sin embargo dicho como «excursus»). El servicio prestado es rescate de la Madre-colectiva a redimir, da al Hijo tal premio de igualdad con el Padre amoroso que, como una mística solución trascendental del llama-

²¹ G. GIRONÉS, *Uno de nosotros es Hijo de Dios (Anales del Seminario Metropolitano, series theologica 2)*, Valencia 1971, p. 137ss.

²² Ver la segunda edición de mi estudio *La Humanidad salvada y salvadora. Tratado dogmático de la Madre de Cristo (Anales Valentinus, series académica IX)*, Facultad de Teología «San Vicente Ferrer», Valencia 1987, p. 10.

do complejo de Edipo, recibe como Esposa-Iglesia en el cielo a esa misma Humanidad que ha tenido por Madre en la tierra²³.

Mantengo la firme convicción de que estos pensamientos pueden ilustrar algunos problemas aún no resueltos por la teología, como ése del valor simbolizante de los sexos: por qué Dios es Padre y no Madre, por qué el Hijo es varón (creciente hacia la paternidad compartida), por qué quien le representa como sacerdote y pastor ha de ser *padre*, sin dejar por eso de haber nacido del seno de una Iglesia maternal y, por lo tanto, típicamente femenina.

Facultad de Teología.

Valencia.

²³ Ver mi estudio *La vocación eterna de lo femenino*: Marianum (1980).